

Jordi NADAL, dir.

*Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*

Barcelona, Fundación BBVA y Editorial Crítica, 2003, 664 pp., con CD ROM.

**H**ay libros, que bajo su título, esconden menos de lo que ofrecen, y otros que, al contrario, despliegan, disimulados en una denominación sintética, contenidos que superan de largo lo que anuncian en su portada. El que ahora reseño pertenece por méritos propios a esta última condición. Por ello, más que a la primera acepción que recoge el Diccionario de la Lengua Española (“colección de mapas geográficos, en un volumen”), la obra recuerda al nombre de aquel gigante que según la mitología griega sostenía en sus hombros la bóveda celeste: de tal envergadura es el trabajo que encierran sus casi setecientas páginas impresas y las más de mil en que se convierte el material incluido en el CD ROM. Una obra dirigida por Jordi Nadal, codirigida por Josep María Benaul y Carles Sudrià y participada por una treintena de especialistas españoles de primer nivel.

Hace un par de años, al hilo de la reciente publicación de este *Atlas*, escribía que el arco descrito por la historiografía industrial española en su conformación como especialidad de contornos precisos y objetivos de investigación definidos se abría y cerraba con dos hitos en los que el protagonismo de Jordi Nadal era evidente: el *Fracaso de la Revolución Industrial en España...*, publicado en 1975, y el que ahora comento, editado casi treinta años más tarde. Junto a la labor sostenida de la *Revista de Historia Industrial*, éste representa, sin duda, el activo más importante con que en estos momentos cuenta la especialidad en nuestro país. La comparación de ambos libros permite comprobar la longitud del camino andado; también los recursos intelectuales absorbidos. Donde hace tres décadas nos encontrábamos apenas un siglo XIX ligeramente desplazado (1813-1914), sobre todo siderurgia y algodón y, más que nada, Cataluña y País Vasco, todo ello envuelto en un discurso claramente pesimista sobre lo que pudo ser y no fue, aparece ahora el muy largo plazo —se arranca a mediados del Setecientos y se utilizan los últimos datos disponibles en el momento de redactar la obra—, la sucesión de paradigmas tecnológicos que han punteado los tres últimos siglos de las economías occidentales (primera, segunda y tercera revolución industriales) y una España que no sólo aparece representada por sus regiones tradicionalmente industrializadas, sino en la que, además de las restantes con personalidad administrativa propia desde la recuperación de la democracia, también tienen hueco otros territorios definidos especialmente por disciplinas afines a la nuestra (de la provincia a los distritos industriales o los sistemas productivos locales) y en la que sus resultados se cotejan con los de las economías de su entorno.

Con mimbres de esta naturaleza, el libro se convierte en una *rara avis* por varios motivos. Lo es en la historiografía económica española, donde los antecedentes son escasos (recuerdo ahora el *Atlas* de Pierre Ponsot, pero ningún otro de la disciplina en su conjunto o de alguna de sus especialidades), e incluso en la general española donde los ejemplos disponibles se ajustan más al modelo tradicional de este tipo de publicaciones, generosas en ilustraciones pero magras en texto.

Lo es, además, por la presencia de un elenco tan numeroso de investigadores, aunque ciertamente la publicación no se resiente nunca por este costado. Las dificultades de homogeneización de textos, ilustraciones y argumentos se han superado con un proyecto claro y sumamente didáctico en el que domina la ordenación cronológica sobre la temática, pero en el que también, e inevitablemente, quedan recogidos los grandes fenómenos que desde finales del siglo XVIII hasta prácticamente nuestros días han convertido a la industrialización en la senda por la que las economías occidentales han conseguido crecer y sus sociedades mejorar sus niveles de bienestar.

La estructura es similar para todos los epígrafes que componen la obra: una pequeña introducción, que en definitiva se convierte en un estado de la cuestión y de nuestros conocimientos sobre el tema analizado, y una selección de mapas y gráficos a los que siempre acompaña un resumen esquemático pero suficientemente indicativo del contenido de la ilustración. En ocasiones, se incluyen fotografías, aunque sin comentario ni referencia alguno. Por último, dos completos índices, uno toponímico y otro de materias, facilitan al lector cualquier tipo de consulta.

Implícitamente, y como apuntaba más arriba, el texto asume que no existe solución de continuidad entre las experiencias artesanales de los últimos compases del Antiguo Régimen y los primeros impulsos manufactureros vinculados sobre todo al algodón. La visualización de esta secuencia ocupa la primera de las cinco partes en que se divide la obra, la que transcurre entre 1750 y 1813. Le sigue el capítulo dedicado a la Primera y a la Segunda Revolución Industrial (de 1814 a 1939, en la cronología manejada), el más extenso del libro y el que absorbe el grueso de los participantes en el proyecto (nada menos que dieciocho). Un análisis fundamentalmente sectorial, con un añadido regional centrado sobre todo en Cataluña y el País Vasco. La tercera parte se dedica al franquismo (aunque el título del capítulo no aluda al componente político, el período estudiado abarca de 1939 a 1975), y tiene casi una única autoría (la de Jordi Catalan), si bien una estructura similar al anterior, dominada por la visión sectorial y con una alusión más explícita a la dimensión territorial (no de las regiones administrativas; sí de los distritos industriales) de la industrialización española. La cuarta y última parte del libro cierra el marco temporal contemplado (va de 1975 a 2000), redactada por José Ramón Cuadrado, ofrece un análisis comparativo, aunque referido exclusivamente al período 1970-2000 y a los países que conformaban a finales del siglo XX la Unión Europea.

Todos los textos son, en general, claros y ajustados a la función que debe cumplir una obra de estas características. Los mapas y los gráficos lo suficientemente explícitos, el gramaje del papel, el cuerpo de texto o el tipo de letra terminan de conformar un producto de alta calidad editorial; ambos, forma y contenido, culminan a la par, lo que hace atractivo y útil el libro a una gama muy amplia de consumidores: desde los colegas a los estudiantes y, en general, a todo aquel público, especialista o no, interesado en estos temas.

Con tales argumentos, que no exceden ni un ápice a los méritos de la obra, el resquicio para un comentario crítico es estrecho. No obstante, como quiera que esto es una reseña y no un panegírico, señalaré algunos aspectos que en mi opinión podrían haberse tratado de distinta forma o merecido un tratamiento más pormenorizado.

Apuntaré, para empezar, que el largo plazo quizá debería haber merecido una mayor atención. La introducción se resuelve en apenas cuatro ilustraciones. Muy impactantes y definitorias pero escasas. Creo que podrían haberse incluido también otras relativas a las pautas de crecimiento económico y cambio estructural vinculadas a la industrialización (aportación al PIB, cambios en la distribución de la población activa), así como aquellas referidas a la localización industrial y a la redistribución sectorial del producto industrial (desde la triple división energía-minería-industria fabril a aproximaciones más puntuales que, en todo caso, habrían requerido traer a esta sección el gráfico dedicado al índice de Hoffmann, que se incluye más adelante). Asimismo, merecería la pena haber incorporado cotejos en el largo plazo con otros países (el espejo italiano, por ejemplo, o cualquier otro de los vecinos o cercanos). Desde esta perspectiva, quizá el capítulo que cierra el libro podría haber asumido esa visión comparativa, ampliándola al largo plazo. De igual manera, esa comparación internacional cabría haberse completado con un mayor énfasis en la trayectoria regional o provincial, que por supuesto está presente en numerosísimas referencias sectoriales, pero no tanto (al menos hasta 1975) en estimaciones más agregadas (intensidad industrial, composición del producto industrial, etc.).

Sorprende también un poco que la amplia nómina de colaboradores de las parte I y II quede reducida a la mínima expresión a partir de ese momento. En cuanto al franquismo, todos sabemos de la competencia de Jordi Catalan y de su papel pionero como historiador de la industrialización española posbélica, pero, sin salir de la lista de colaboradores del volumen, quizá otros colegas podrían haber aportado visiones complementarias a este capítulo, y lo apunto simplemente por el hecho de mantener esa misma estructura de materiales compartidos que anima las páginas anteriores del libro. En cuanto a los períodos más cercanos a nuestros días, la renuncia explícita a ellos por parte de los historiadores industriales (al margen del papel supervisor de Josep María Benaul) quizá sea excesiva: creo que ya estamos en condiciones de asumir como propio de nuestra especialidad todo el marco cronológico que abarca la historia de la industrialización española y, además, de hacerlo con el utillaje propio de nuestra disciplina.

Con seguridad, ninguna de estas apreciaciones resulta sustancial. Que un proyecto de la envergadura de este *Atlas* haya visto la luz sólo merece felicitaciones y parabienes: a los autores y al director, y de camino a todos los que, desde su publicación, nos estamos beneficiando de la obra. Creo que podemos sentirnos orgullosos de formar parte de la misma comunidad científica a la que pertenecen los responsables de este volumen. Jordi Nadal utilizaba en la introducción una expresión de Tácito para justificar la autoría compartida del libro: *suum cuique tribuere*. Yo cierro este comentario con otra del mismo historiador latino: *suum cuique decus posteritas rependit*.

**Antonio Parejo Barranco**  
*Universidad de Málaga*